

Perfil del cuento en América

A propósito de la "Antología del Cuento Hispanoamericano", de Antonio R. Manzor, se nos ocurren las siguientes consideraciones.

El cuento es, hoy por hoy, el género literario en el que se proyecta con más fuerza y vigor lo que se ha dado en llamar "América Virgen". Y esto ocurre a pesar de que no tiene una tradición, como no la tienen, tampoco, la novela y demás manifestaciones literarias. Esta tradición no existe, porque hasta mediados del siglo XIX no ha habido en el continente conciencia de la realidad del hombre americano.

Durante la época colonial, el hombre fue separado de su tierra. Se le había rodeado de una atmósfera y de un clima distinto al que reclamaba su sangre. Por otra parte, las leyes de Indias, al prohibir todo intento de imaginación creadora, cerraban los caminos naturales de la narración. La literatura de la época colonial no fue, por esto, más que una prolongación forzada de la española. Latían en ella los mismos problemas y la misma sangre. El paisaje, la realidad y la conciencia virginal de América no podían pesar. Y no pesaron.

Pero, además, lo que América recibió a manos llenas, estaba ya cargado de los síntomas de descomposición del Imperio. El esplendor del siglo de oro llegaba, pero lleno de polvo. España, literariamente, llegaba con su corazón cansado, con la imaginación gastada.

La decadencia española al llegar a América no podía trasplantar más que eso: la decadencia. La separación del hombre americano y su conciencia, del hombre y su paisaje, en encadenamiento de su imaginación no podían, de otro lado, crear algo nuevo que substituyese a lo ya vencido y cansado. Sólo la histo-

ria y la crónica pudieron florecer. La imaginación no logró levantar el vuelo hasta que el romanticismo europeo desembarcó en las playas de América.

El romanticismo, al facilitar el reencuentro del hombre con la naturaleza, del pueblo con la nación y del hombre con las tradiciones y las esencias más vivas de su pueblo, creó las bases para que la imaginación pudiera libertarse. Libertada ésta, surgió el cuento y la novela de cara a una auténtica realidad americana.

El romanticismo permitió el nacimiento de **María**, de Jorge Isaacs, y **Cumandá**, de Juan León Mera. En la primera, el escenario es el fértil valle del Cauca de Colombia; en la segunda, aparecen las selvas tropicales del Este del Ecuador. La técnica, la inspiración de estas novelas siguen desde luego el esquema romántico. Pero no sólo hay un cambio de paisaje. Hay también un elemento nuevo y desconocido en literatura: el alma virgen de América con sus pasiones y sus dolores, moviéndose en su propio clima y su propia atmósfera.

Años más tarde, el naturalismo francés contribuyó también a acentuar este reencuentro del hombre con la realidad americana. Pero una servil imitación a los modelos europeos, en cuanto a su proyección estética, esterilizó y estancó, en su mayor parte, los intentos progresivos del género narrativo en América.

El renacimiento de la novela y del cuento, la extirpación de los males anteriores, es bien reciente. El romanticismo, el naturalismo y el modernismo habían contribuido desde Europa a la salvación del hombre y del paisaje en la narración americana. Pero la salvación y liberación definitivas no se alcanzan hasta más tarde.

Después de un siglo de adolescencia, esta liberación llega y culmina con obras como **La Vorágine**, de José Eustasio Rivera; **Don Segundo Sombra**, de Ricardo Güiraldes; **Canaima** y **Doña Bárbara**, de Rómulo Gallegos. Una nueva raíz las ata y un nuevo clima las envuelve. Todas ellas tienen por tema el combate épico del hombre contra las fuerzas inhumanas de la naturaleza. El personaje en ellas no es sólo el hombre. La selva impresionante, la naturaleza hostil es también personaje principal que conforman y determinan las pasiones y los anhelos, como en el **Martín Fierro**, de José Hernández.

Hoy lo mejor de la narración americana, como estas obras maestras, se ha vuelto también a esta realidad y a esta conciencia. Los cuentistas que el joven escritor chileno Antonio R. Manzor ha seleccionado en la presente antología, se mueven, casi en su totalidad, dentro de este círculo. Todos ellos demuestran el renacimiento del género narrativo en América y de las condiciones para que surjan ya las obras maduras, que hace tiempo estamos esperando.

A todos les preocupa la realidad del ambiente autóctono, la lucha angustiada del hombre contra la naturaleza, el alma virgen de sus pueblos y la desesperante realidad social en que viven.

Algunos críticos miopes, de esos que siempre llevan preparada en el bolsillo la ficha de clasificación, han señalado, no para afirmar, sino para negar, el carácter regional de la actual literatura americana. Para nosotros esta vuelta a la sangre primitiva, al paisaje, a la conciencia autóctona, marca, precisamente, la conquista de lo universal y humano. Porque en América, hoy por hoy, lo eternamente universal está no en las grandes ciudades, sino en la selva o en el campo, en sus indios o en sus "jíbaros". Ahí es donde crece la raíz auténtica de esta América virgen y esperanzadora con que todos soñamos.

Adolfo Sánchez Vásquez